

de alguna pausa.) ¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imagen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará doña Laura, haciendo labor; á alguna distancia don Torcuato, con aire triste y extremadamente inquieto; Eugenia en pie, detrás de la silla de su ama, y don Simon se pasea por el frente de la escena.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, TORCUATO, LAURA,
EUGENIA.

SIMON.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA (*Á Eugenia.*)

¿Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Sí señora; ya están cerrados, y Felipe ha cogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA (*Con alguna admiracion.*)

¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA (*Ap.*)

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

TORCUATO (*Mirándola.*)

¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡Si supiera la noticia que la preparo!

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

Esté don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas... ¡Oh! La corte quiere que

se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recién casados.

TORCUATO. (*Con inquietud.*)

Si este hombre no se va, yo no podré decirselo.

SIMON.

Laura ¿qué es eso? Tú estás triste, tambien lo está Torcuato. ¡Qué! ¿un viajecillo de pocos dias puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los aflige.

LAURA. (*Con énfasis.*)

Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡Lindo! No la dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode; que harto tiempo queda para vivir juntos.

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Pluguiera al cielo!

SIMON. (*A Laura.*)

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y dízelo.

LAURA. (*Mirando á Torcuato con ternura.*)

Sólo quiero que vuelva pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN. — DICHOS.

JUAN. (*A Simon.*)

Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

¿Algunos raterillos, eh?

JUAN.

Dicen que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira; que ántes avise á mi alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN. (*Se va y vuelve.*)

¡Ah, señor!... Tambien ha estado ahí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. Él solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer más que atender á su pleito. (*Juan se va.*)

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Infeliz! Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia.

ESCENA III.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*A Torcuato.*)

Ya está ahí el carruaje, señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aún no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO. (*A Felipe.*)

Haz que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. (*Se va Felipe.*)

ESCENA IV.

JUAN. — DICHOS.

El señor don Justo envía á decir que si acaso no está aquí al mediodía, no se le aguarde á comer.

SIMON.

Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniera, que me avisen; y si tardare demasiado, que nos den de comer.

LAURA. (*A Eugenia.*)

Vé tú, Eugenia, á disponer lo que tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

LAURA. (*Mirando á Torcuato.*)

Al fin nos han dejado solos; veamos lo que dice. (*Torcuato la mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas.—(*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto; yo lo conozco en tu semblante, y no sé cómo una ausencia de tan pocos dias, y que, por otra parte, es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO. (*Se levanta mirando á todas partes.*)

¡Ah! ¿cómo se lo diré?

LAURA. (*Asustada.*)

Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspi-

ras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*) Querido esposo...

TORCUATO. (*Con pasion.*)

¡Ah, Laura!

LAURA. (*Con blandura.*)

Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfias de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TORCUATO.

¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazon te ha querido con más ardor ni con más ternura.

LAURA. (*Con inquietud...*)

Pues bien ¿qué es lo que te affige?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

El temor de perderte.

LAURA. (*Con sobresalto.*)

¿De perderme?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)

Sí, Laura mia, y de perderte para siempre.

LAURA. (*Asustada.*)

¡Oh, Dios! ¿Qué oigo!

TORCUATO.

Mi corazon, querida esposa, no siente sus tormentos, Es muy digno de los que sufre y de los que le aguardan. Pero la afliccion que te preparo... ¡Ah! esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA. (*Con resolucion.*)

Ahora bien, Torcuato; el cielo, por rumbos muy extraños, me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oído que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro, descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Sí, Laura mía; voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen, y ¡ojalá mi corazón les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el afgirte!

LAURA. (*Sobresaltada.*)

Mi alma se estremece al escucharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta

pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre, y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la buena memoria de tu primer amor; pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido por todas partes... soy yo mismo.

LAURA. (*Cae sobre su silla.*)

¡Oh, cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo, viviria tranquilo si no mereciese serlo tambien de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situacion, hice á tu alma inocente el más atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No; la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa; yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA. (*Con sumo abatimiento.*)

Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO. (*Con despecho.*)

Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No; mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y

á esconder mi vida destestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio más duro y más terrible que la muerte misma.

LAURA. (*Como arriba.*)

Buen Dios ¿por qué delito castigas á esta desdichada?

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazon y llenándole de amargura. (*Ap.* ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo ménos, si despues de perderla conservase su estimacion...)

ESCENA VI.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*Asustado.*)

Señor, señor...

TORCUATO.

¿Qué? ¿qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar.

Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: «Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.»

TORCUATO. (*Con notable admiracion y susto.*)

¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor Marqués, y que Juanillo le ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO Y LAURA.

TORCUATO. (*Resolviéndose despues de una gran pausa.*)

No, yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. El está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA. (*Deteniéndole.*)

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin esponer tú vida?

TORCUATO.

Pero Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré ar-

restado, deshonrado y tenido por delienuente, sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no; voy á delatarme, á librar su preciosa vida y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

LAURA.

¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima, donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

TORCUATO.

No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traición al más honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazon; es incapaz de descubrirme, y ántes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida, no, Laura mia; tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo, á poner en salvo su vida y su re-

putacion, y, en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII.

LAURA, *sentada y muy agitada.*

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazon de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aún no há dos horas que gozaba de la dicha más pura, y ahora, rodeada de aflicciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazon de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te amaba... Pero yo soy injusta; tú me amabas tambien; temias perderme, y un exceso de amor te hizo conmigo delincente... Y ¿sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea?... (*Levantándose.*) No; corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) Y ¿á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ah! ¿podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolucion.*) Pero este mismo ¿no es mi esposo tambien? Sí; ya reconozco mi primera obligacion.—(*Viendo á su padre.*) Padre...

ESCENA IX.

SIMON.—LAURA.

SIMON. (*Desde la puerta.*)

¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buenal Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesus! Jesus! Estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al Marqués. ¿Quién lo creyera? ¡sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fé que no le arriendo la ganancia. Ya, ya; el amigo don Justo le dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. Qué, ¿no hay más que andarse matando los hombres por friole-
ras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: la razón, la humanidad, la naturaleza. Bueno andará el mundo cuando se haga caso de estas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X.

JUSTO, ESCRIBANO.—DICHOS.

JUSTO. (*Al Escribano, en el fondo.*)

Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

ESCRIBANO.

Señor, las doce han dado ya.

JUSTO.

Y bien, ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo. (*El Escribano pasa con los papeles á un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

SIMON. (*Viéndole pasar.*)

¡Eh! Yo apuesto que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho... Si, á mí con esas.

ESCENA XI.

JUSTO, SIMON, LAURA.

JUSTO. (*Acercándose.*)

¡Quién podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descansol

SIMON.

Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUSTO.

Sí, amigo, pero se ha adelantado poco.

SIMON.

¡Poco! Pues ¿no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetracion de mi calde mayor?

JUSTO.

Cierto es; pero, si no me engaño, aún estamos muy lejos de la verdad.—(A Laura.) Señora, ¿por qué estais tan triste? ¿Qué...

SIMON.

No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE.—DICHOS.

FELIPE. (A su amo en el fondo.)

Conque, ¿les digo que se vayan?

TORCUATO.

Sí; págales el día, pues ya no los necesito.

FELIPE.

Jamás le ví tan impertinente. (Se va.)

SIMON.

Pues qué, Torcuato, ¿ya no te vas?

TORCUATO.

No señor; no puedo desamparar á mi amigo.

JUSTO.

Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiría esta ausencia á la incomodidad

de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinion.

TORCUATO.

Señor, las personas de vuestro mérito, lejos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obliga á pasar á Madrid; pero vos me habeis detenido, arreslando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUSTO.

Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho, y la amistad con que le honrais no es lo que ménos me interesa en su favor.

TORCUATO.

Nunca tendreis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion, pues además de sus buenas cualidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente. (Al oír esto, se inmuta Laura.)

JUSTO.

Así lo espero. Su semblante, su compostura y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del Marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIMON.

¡Oh! Cuando lo sabe y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juz-

gar á los hombres por sus semblantes; reos he visto yo que parecían unos santos, y eran peores que Barrabás.

TORCUATO.

No es Anselmo de ese número, ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazón. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permitan el honor y la justicia.

JUSTO. (*Ap.*)

¡Qué juicio, qué compostura! No he visto mozo más cabal.

ESCENA XIII.

JUAN.—DICHOS.

JUAN. (*En el fondo.*)

Señores, la sopa está en la mesa.

SIMON.

¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla ántes que se enfrie; que lo demas lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV.

TORCUATO, *muy pensativo y paseando.*

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia

vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... (*Horrorizado.*) ¡La tortura!... ¡Oh nombre odioso! ¡Nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aún entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... Pero ¿sufriré yo que por mi causa... No; el honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo sería digno de ella si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte más dichosa; perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.